

El Silencio de los Dioses

Alma Sampedro

Cuentan que un niño, cansado de preguntas sin respuesta, subió a la montaña donde, según los ancianos, moraban los dioses. Esperaba hallar su voz en el trueno, en el murmullo de los árboles y en las nubes. Escuchó con paciencia, pero solo oyó el silencio del viento. Bajó entonces al valle y, al encontrarse con otros, comprendió que las respuestas no estaban en lo alto, sino en la palabra compartida. Desde entonces supo que los hombres nacieron para escucharse, no para obedecer ecos invisibles.

Ese gesto resume el recorrido de nuestra especie. En un tiempo remoto, los hombres creyeron que las montañas eran la morada de divinidades, que los relámpagos eran advertencias y que el orden del mundo dependía de fórmulas rituales. La historia humana, sin embargo, no es la de esas creencias, sino la del tránsito hacia la autonomía del pensamiento.

La emancipación de la conciencia no es negar dioses ni erigir otros, sino comprender que la legitimidad de las decisiones humanas no se halla en lo invisible, sino en lo común, en lo compartido, sin invocar lo incognoscible. El laicismo no es una ideología que se impone, sino el terreno fértil donde todas —incluso las más antagónicas— pueden coexistir sin privilegios.

El Estado laico traduce esa evidencia: ninguna conciencia debe rendir cuentas más que a sí misma y a la comunidad de iguales con la que convive. Quien pretende situar su fe, su dogma o su convicción como fundamento de la ley incurre en una contradicción fatal: exige respeto para lo que cree, mientras lo niega a lo que otros creen o deciden no creer. La neutralidad laica es el único punto de apoyo que permite sostener la pluralidad sin fractura.

Basta recorrer la historia: la hoguera de Giordano Bruno ardió no por sus palabras, sino por la osadía de pensar sin permiso. Galileo Galilei fue obligado a retractarse no porque errara en sus cálculos, sino porque éstos contradecían un dogma. En cada inquisición y censura late la misma lección: cuando la fe se confunde con la ley, la razón es condenada como delito.

La historia enseña que la confusión entre lo religioso y lo político produce siempre el mismo desenlace: desigualdad, sumisión y violencia. No importa el credo ni la época: toda vez que el poder se arropa con lo sagrado, convierte la conciencia en rehén. Frente a

esa reiteración, el laicismo no es una opción cultural, sino una necesidad racional, tan elemental como la igualdad ante la ley o la prohibición de la esclavitud.

La libertad de conciencia parte de una premisa irrefutable: lo íntimo no puede imponerse en lo público. La fe —como la ausencia de ella— es legítima mientras no pretenda erigirse en norma universal. La duda, en cambio, es patrimonio común, porque abre el espacio del diálogo y de la crítica. El verdadero humanismo no pide uniformidad de pensamiento, sino la posibilidad de disentir sin temor.

Es revelador que las sociedades más prósperas y pacíficas no sean aquellas que profesan una religión oficial, sino las que han erigido muros nítidos entre credo y gobierno. Allí donde la escuela enseña ciencias en lugar de catecismos, donde los tribunales juzgan con leyes civiles y no con dogmas, la diversidad florece sin que nadie tema por su fe ni por su ausencia de fe.

Se dirá que toda sociedad necesita un mito que la cohesione. Y es cierto: ese mito existe, pero no se llama dogma, sino dignidad. La dignidad no proviene de un oráculo ni de un texto sagrado; proviene del reconocimiento mutuo de los seres humanos como fines en sí mismos. En torno a esa noción, sin recurrir a divinidades ni a absolutos, puede edificarse una comunidad justa.

Así, laicismo significa que ninguna voz se sofoca ni se amplifica con privilegio. Significa que el templo, la sinagoga, la mezquita o la iglesia son espacios legítimos de lo privado, y que el parlamento, la escuela y el tribunal lo son de lo común. Significa que un niño no será educado para venerar lo que ignora, sino para comprender, cuestionar y elegir.

No es un combate contra la religión, sino contra la imposición; no es guerra de creencias, sino la paz de la diversidad. El laicismo no exige adhesión emocional: no es credo, sino método para garantizar que la pluralidad no derive en dominación.

En última instancia, la conciencia libre es la única que puede llamarse humana. La sometida repite fórmulas, teme el disenso, se aferra al dogma como a un salvavidas. La emancipada, en cambio, se atreve a reconocer su ignorancia, su falibilidad, su derecho a cambiar. Esa osadía, y no otra, es la que nos distingue como especie.

Por eso, defender el laicismo no es una empresa ideológica, sino un acto de lucidez colectiva. Allí donde se proclama la neutralidad del Estado, no se ataca a creyentes ni a incrédulos: se protege a ambos de convertirse en víctimas o verdugos. El laicismo es la frontera que impide que la fe se torne tiranía y que la duda sea perseguida como herejía.

Quizá los dioses sigan habitando en los montes, o en las palabras de los creyentes. Nada de eso importa para la vida en común. Lo decisivo es que, al descender de esas cumbres, los hombres descubrieron que el suelo compartido era más firme que cualquier cielo prometido. Y allí, en ese valle donde el niño escuchó solo el murmullo de otros hombres, se levanta el único templo invulnerable: **el de la libertad de conciencia.**